



HOOD

STEPHEN R.
LAWHEAD

La leyenda comienza de nuevo. Un homenaje lírico a una historia inmortal, un cuento épico que se atreve a desafiar todo lo que creíamos saber sobre la leyenda de Robin Hood. Una fábula de pérdida y triunfo. Poder y corrupción. Justicia y piedad.

Perseguido como un animal por los invasores normandos, Bran ap Brychan, heredero al trono de Elfael, ha abandonado el reino de su padre y ha huido al bosque. Allí, en el primitivo bosque de la frontera galesa, el peligro le rodea: esta arboleda es una entidad viviente, llena de poderes y misteriosos secretos, y Bran debe encontrar la forma de valerse por sí mismo si quiere sobrevivir...

«Una divertida lectura que dejará a los lectores esperar ansiosos la siguiente entrega».

Índice de contenido

Prologo

Parte I – El día del lobo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Parte II – En Coed Cadw

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Parte III – La danza de mayo

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Parte IV – El bosque encantado

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Parte V – Grellon

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Epílogo

Sobre el autor

Este libro está dedicado a la Schloss Mittersill
Community como muestra de mi más sincero
agradecimiento por su comprensión, ánimo y
apoyo

Prologo

El jabalí era joven y cauteloso, una pieza de apenas un año que olisqueaba tímidamente el aire intentando detectar aromas extraños mientras se aventuraba en la luz, color de miel, del día que declinaba rápidamente. Bran ap Brychan, príncipe de Elfael, había pasado todo el día acechando en el bosque, en busca de un premio apropiado, y tenía la intención de que fuera éste.

Con ocho años de edad y único heredero del rey, sabía perfectamente que nunca le permitirían adentrarse solo en el bosque. Así que, en vez de pedir permiso, aquella mañana, temprano, simplemente había robado un arco y cuatro flechas del caer sin que nadie se diera cuenta. Esta caza, como el joven jabalí, estaba dedicada a su madre, la reina.

Ella amaba la caza y se regocijaba con la belleza salvaje y la excitación visceral de la persecución. Incluso cuando no cabalgaba, preparaba una bienvenida para los cazadores, obsequiándoles con trofeos y música, guiando a las mujeres en los cantos.

– No temas –le dijo a Bran cuando, siendo un niño pequeño, había quedado asombrado e incluso se había asustado un poco con el ruido y el jolgorio—. Pertenece-mos a la tierra. ¡Mira, Bran! –Alzó una delgada mano hacia las colinas y el bosque, que se alzaba como una muralla vi-viente más allá—. Todo lo que ves es obra de la mano de Nuestro Señor. Nos regocijamos por sus dones.

Golpeada por una fiebre que la consumía, la reina Rhian había estado enferma durante la mayor parte del verano, y en su imaginación infantil, Bran había decidido que sí podía presentarse ante ella con un ciervo o un jabalí que hubiera abatido él mismo, volvería a reír y a cantar como siempre, y se sentiría mejor. Estaría bien de nuevo.

Todo lo que necesitaba era un poco más de paciencia y...

Quieto como una piedra, esperó en las sombras, cada vez más espesas. El pequeño jabalí se había acercado, sus afiladas orejas tiesas, enhiestas. Dio un paso más y se detuvo para mordisquear los tiernos brotes de una malva. Bran, con el culatín de la flecha ya apoyado en la cuerda, abrió el arco, sintiendo la tensión en el hombro y la espalda, justo como Iwan le había enseñado que debía sentir.

– No te fijes en la flecha –le había instruido el joven–, sólo piensa en el objetivo. Envíala con tu pensamiento, y si tu pensamiento es certero, también lo será la flecha.

Tensando el arco hasta el límite de su fuerza, respiró hondo y soltó la cuerda. Sintió un afilado hormigueo en las puntas de sus dedos. La flecha centelleó en la distancia, golpeando al jabalí en la parte baja del pecho, detrás de las patas delanteras. Asustado, agitó su rígido rabo y se dio la vuelta para huir hacia el bosque..., pero apenas dos pasos después, sus patas se enredaron, trastabilló y cayó. La criatura abatida gruñó una vez más e intentó levantarse; entonces cayó muerto.

Bran dejó escapar un salvaje grito de triunfo. ¡Tenía el premio!

Corrió hacia el jabalí y puso su mano en el torso lustroso y delicadamente moteado del animal, sintiendo su calidez.

– Lo siento, amigo mío, y te doy las gracias –murmuró, tal y como Iwan le había enseñado–. Necesito tu vida para vivir.

Fue sólo cuando intentó cargarse al hombro a su víctima cuando Bran se dio cuenta de su gran error. El peso muerto del animal era más de lo que podía levantar. Con el corazón desbocado, permaneció mirando su glorioso premio mientras las lágrimas acudían a sus ojos. No servía de nada si no podía llevar el trofeo a casa, triunfalmente.

Hundiéndose en el suelo, junto al cálido despojo, Bran se cogió la cabeza entre las manos. No podía cargarlo y tampoco iba a dejarlo. ¿Qué podía hacer?

Mientras estaba sentado, contemplando su problema, los sonidos del bosque se hacían más y más fuertes: el rumor de una ardilla en la copa de un árbol, el ajetreado zumbido de los insectos, el crujido de las hojas, el palpitante aleteo sobre él, y entonces...

– ¡Bran!

Bran se sobresaltó al oír la voz. Miró a su alrededor esperanzado.

– ¡Aquí! –gritó–. ¡Aquí! ¡Necesito ayuda!

– Vete. –La voz parecía provenir de arriba. Alzó los ojos y vio un gran pájaro negro mirándolo desde una rama, justo encima de su cabeza.

Sólo era un viejo cuervo.

– Vete –dijo el pájaro–. Vete.

– No lo haré –gritó Bran. Recogió una rama que estaba en el camino, tomó impulso y se la arrojó a aquel pájaro impertinente–. Cállate.

La rama golpeó la percha en la que se apoyaba el cuervo y el pájaro alzó el vuelo con un grito que a Bran le sonó como una risa.

– ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

– Estúpido pájaro –murmuró.

Girándose otra vez hacia el jabalí, que estaba junto a él, recordó lo que había visto hacer a otros cazadores con las piezas pequeñas. Sacó la cuerda de su arco, juntó las patas de la criatura y ató las pezuñas con la cuerda. Entonces, pasando el cuerpo del arco entre las pezuñas atadas y

asiendo el fuerte peso con las dos manos, intentó levantarlo. El animal todavía era demasiado pesado para él, de modo que empezó a arrastrar su trofeo a través del bosque, usando el arco.

Era una marcha lenta, incluso en el despejado camino, con paradas frecuentes para enjugar el sudor de sus ojos y recuperar el aliento. Mientras, el día se desvanecía a su alrededor.

No le importaba. No iba a abandonar. Apretando el arco entre sus manos, luchaba, paso a paso, remolcando el jabalí a lo largo del camino. Alcanzó el lindero del bosque cuando el último destello del crepúsculo declinaba en el valle, por el oeste.

– ¡Bran!

El grito le hizo saltar. No era un cuervo esta vez, sino una voz familiar. Se dio la vuelta y miró por la vertiente que descendía hasta el valle. Vio a Iwan dirigiéndose hacia él, con sus largas piernas acortando la distancia a grandes zancadas.

– ¡Aquí! –gritó Bran, agitando los doloridos brazos por encima de la cabeza–. ¡Estoy aquí!

– ¡En nombre de todos los santos y de todos los ángeles! –exclamó el muchacho cuando estuvo lo bastante cerca–. ¿Qué crees que estás haciendo aquí?

– Cazar –contestó Bran. Señaló su víctima con orgullo de cazador y dijo–: Se cruzó ante mi flecha ¿lo ves?

– Lo veo –respondió Iwan. Echando un vistazo al jabalí, se dio la vuelta y continuó–: Tenemos que irnos. Es tarde. Todo el mundo te está buscando.

Bran no hizo ademán de seguirle.

– Déjalo Bran. Te están buscando. Debemos darnos prisa –dijo Iwan mirando atrás.

– No –replicó Bran–, no sin el jabalí. –Se inclinó una vez más hacia el cadáver, asió el arco y empezó a tirar de nuevo.

Iwan lo cogió bruscamente del brazo y tiró de él.

– Deja esa maldita cosa.

– Es para mí madre –gritó el niño. Las ardientes lágrimas brotaron rápidamente de sus ojos. Cuando empezaron a caer, inclinó la cabeza y repitió débilmente–: Por favor, es para mi madre.

– ¡Por Judas traidor! –Iwan se paró, suspirando con exasperación–. Vamos pues. Lo cargaremos juntos.

Iwan cogió un extremo del arco, Bran cogió el otro y entre ambos levantaron al animal del suelo. La madera crujió, pero no se rompió, y emprendieron la marcha otra vez. Bran trastabillaba continuamente, en un esfuerzo sobrehumano para mantener el paso de las largas piernas de su amigo.

La noche caía sobre ellos. El caer no era si no una melancólica sombra sobre el montículo, en el centro del valle, cuando un grupo de batidores apareció.

– Estaba cazando –les informó Iwan–. Un cazador nunca deja atrás a su presa.

Los jinetes aceptaron la explicación, y el pequeño jabalí fue rápidamente colocado tras la silla de uno de los caballos. Bran e Iwan montaron con los otros jinetes y el grupo cabalgó hacia el caer. En el momento en que llegaron, Bran saltó del caballo y corrió hacia la habitación de su madre, más allá del salón.

– Rápido –gritó–. ¡Traed el jabalí! La habitación de la reina Rhian estaba iluminada con velas, y dos mujeres velaban junto a la cama cuando Bran irrumpió. Corrió junto al lecho y se arrodilló.

– ¡Mamá! ¡Mira qué te he traído!

Ella abrió los ojos y lo reconoció.

– Aquí estás, cariño. Dijeron que no podían encontrar-te.

– Fui a cazar –anunció–. Para ti.

– Para mí –susurró ella–. Muy bonito, sí. ¿Qué contraste?

– Mira –dijo con orgullo cuando Iwan entró a grandes zancadas en la habitación con el jabalí colgando de los hombros.

– Oh, Bran –exclamó, la sombra de una sonrisa curvó sus secos labios–. Bésame, mi valiente cazador.

Inclinó la cara sobre la de su madre y sintió el calor de sus labios secos en ella.

– Ahora vete. Dormiré un poco –le dijo–. Y soñaré con tu triunfo.

Entonces cerró los ojos y Bran fue conducido fuera de la habitación. Pero ella había sonreído y para él eso valía todo el oro del mundo.

Por la mañana, la reina Rhian no despertó. A la tarde siguiente había muerto y Bran ya nunca volvió a ver sonreír a su madre. Y aunque continuó perfeccionando sus habilidades con el arco, perdió todo interés en la caza.

Parte I

EL DÍA DEL LOBO

CAPÍTULO 1

– ¡Bran! –El grito resonó por todo el patio empedrado–. ¡Bran! ¡Mueve tu maldito trasero hasta aquí! ¡Nos vamos!

Con el rostro enrojecido por la cólera, el rey Brychan ap Tewdwr subió resueltamente a su montura y entrecerró los ojos, revisando las filas de hombres a caballo que esperaban sus órdenes. Su irresponsable hijo no estaba entre ellos. Dándose la vuelta hacia el guerrero que estaba junto a él, preguntó:

– Iwan, ¿dónde está ese muchacho?

– No lo he visto, mí señor –contestó el campeón del rey–. Ni esta mañana ni ayer por la noche, en la mesa.

– ¡Maldita sea su desvergüenza! –gruñó el rey, arrebatando las riendas de las manos de su paje–. La única vez que lo necesito a mi lado y está revoloteando en la cama de su furcia. No sufriré su insolencia y no esperaré.

– Si os complace, mi señor, enviaré a uno de los hombres a buscarlo.

– ¡No! ¡No me complace, maldita sea! –bramó Brychan–. ¡Que se quede atrás, y que el demonio lo lleve!

Volviendo a su posición, ordenó que el portón se abriera. Las pesadas puertas de madera de la fortaleza rechinaron y se abrieron de par en par. Alzando la mano, dio la señal.

– Cabalgad –gritó Iwan con voz alta y clara en la calma de la mañana.

El rey Brychan, señor de Elfael, partió con treinta y cinco cymry de su hueste a su espalda. Los guerreros, cabal-